

Pablo

## *Pablo Javier Pérez López*



*Ha dicho que «sólo los poetas pueden llamar hermanos a los pájaros» y acaso sea porque sabe que la voz es la soberanía del hombre que entrega su aliento a la disolución del aire y acepta con ello su condición de arrojado que no termina de caer, de ser abierto sin dispersión y sin duelo. Pablo Javier incendia palabras para mirarnos en ellas, para atisbar la infinitud, el latido de la nada en todo. Su escritura es la de un exiliado, la de aquel que habla de los hombres que se fueron, de los arrojados, los miserables, los proscritos de la vida; para ellos figura casas de palabras –un techo sin techo entre las preguntas del hombre–, de las palabras más solas, ésas que son la compañía postrera.*

## EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

Aquél hombre debía tener nombre y apellido, como casi todos pero nunca nadie lo había escuchado. Todos le llamaban “el último romántico”. Hay quien dice que por ser hijo del último centrocampista elegante del equipo local o nieto del escritor más loco y solitario del siglo XIX. Caminaba como quien suspira, armónico y lento. Otros, sus vecinos, le llamaban “el caracol” porque siempre recorría lento y melancólico, con los pies densos y pesados, como cargado de excesos, el mismo camino.

Era incapaz de dejar de amar y por ello caminaba siempre mirando al cielo por lo que algunos le llamaban “el vencejo”. Yo sin embargo creo que tenía predilección por los mirlos y su pico colorado. Al menos contaba que en los picos de los mirlos hay un país insospechado.

La nostalgia de algo insospechado, ese era su país. Aquél hombre no veía nubes, ni barcos, ni mujeres, aquél hombre veía un amor pasado o futuro, siempre otra cosa, una pista, una huella. Ejemplo. Cuando paseando solo de mañana vio a una anciana acariciando al perro de la funeraria, y diciéndole adiós, no vio una anciana, ni un perro, ni una funeraria, él vio la eternidad. Una eternidad viva y en movimiento.

Nada real cabía en sus venas. Hay quien lo creía salido de un cuadro de Friedrich o quien simplemente le llamaba loco. Poco le importaba. Amó de niño las niñas de coletas, amó de zagal los barcos y los peces y ahora amaba los pájaros lentamente, los mirlos, a los que miraba como el niño mira el chocolate.

Aquél hombre, que a mí nunca, tampoco, me reveló su nombre, me dijo que no tenía libros. Que los libros ocupaban demasiado espacio y que el verdadero arte era el de la memoria. Mucho me sorprendió eso pero más la definición que un día me dio cuando le pregunté por la poesía. Hay tres tipos de hombres, dijo, apuntando levemente con su bastón una carnicería, los que cuando pasan junto a una carnicería ven la carne

y la compran cuando tienen hambre, los que cuando pasan junto a ella piensan en el hambre y en un tigre atrapado en una jaula, esos son para los hombres corrientes, los poetas. Y los que cuando pasan junto a una carnicería piensan en devorar, en comer su hambre. Esos son los poetas superiores.

También, el último romántico me dijo que había dos tipos de poetas, los que estaban hechos para leerse y para escucharse. Los segundos, me dijo, eran los verdaderos. Yo asentí rápidamente y pensé en cómo escuchar a Cortázar o Gelman es una religión diferente y superior a cualquier papel con letras. Para él los poemas y las palabras sólo se podían vivir en la boca, en el mundo. No tenían sentido los libros. Creía en la memoria y en la alegría y el dolor de los ojos. Miraba el mar y no pensaba en el poema, lo veía, lo veía como un pez asustado junto a una red. Siempre. Siempre. Siempre me hablaba del mismo poema de Nicanor Parra, y de cómo los poetas debían crear siempre un nuevo diccionario y cambiar de nombre a las cosas. Creo que ese hombre, el último romántico es el más importante que voy a conocer.

## EL PESCADOR DE RÍOS

En los ríos se abandona la tristeza y el pasado. Ello es sobradamente conocido por los pescadores de ríos. Añoran la infancia y la alegría del futuro. Los pescadores de ríos juntan sus capturas para saciar su nostalgia. La nostalgia se salva con ríos secuestrados, con mares detenidos, con peces eternos.

Ningún río sabe por qué camina, ni siquiera sus pequeños peces que están hechos de la misma carne que nosotros. Los pescadores de ríos tampoco saben por qué pescan ríos. Será, alguien me lo dijo, porque los peces ya nos pescaron a nosotros cuando entraron en nuestra sangre para hacernos caminar hasta la muerte. Sin saber por qué, nos contagiaron la nostalgia del mañana.

Entre nostálgicos anda el juego. La melancolía es un invento de los pescadores de ríos.

## LA BOCA DE LOS PECES

La poesía es —decía Mairena— el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone. El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados.

*Juan de Mairena-Antonio Machado*

Dicen que antiguamente, en esta ciudad que es verdadera como una mujer hambrienta, Lisboa, existieron mujeres, vendedoras ambulantes de pescado, que vestidas a la manera tradicional, descalzas, llevaban un cesto con el pescado sobre su cabeza.

Siempre recuerdo a estas mujeres, llamadas varinas, cuando veo las bocas de los peces. Lo recuerdo porque una de estas mujeres me dijo, que cuando iban a recoger el pescado, y para que este pareciese más fresco, soplaban por la boca o por el vientre de los peces, para hinchar el pescado y mejorar su aspecto. Para que pareciese menos muerto. He aquí la imagen de una vida entera. En esa mujer descalza que quiere devolverle la vida al pez está el oficio más sagrado de la tierra. Sacar fuera del tiempo, de la muerte, lo que no quiere morir y es alimento. En la boca de los peces, en el vientre de los peces empieza nuestro oficio.

## EL HOMBRE JACARANDÁ

O Sr. Faustino Antunes é um homem jacarandá

*Alexander Search.*

No era un hombre cualquiera, claro que ninguno lo es si aprendemos a verlo con la tranquilidad deseada, con la paciencia que ya nadie tiene para mirar a los otros, leer a los otros, hablar con los otros, estar con los otros.

Él era un hombre diferente, diferente del resto y diferente de sí mismo. Cuentan que dormía largas temporadas, cual oso invernando y que apenas sabía escribir si no era en primavera. Pasaba todo el año, todo el invierno callado y tranquilo sin escribir, dormía y caminaba y hacía su trabajo en la oficina.

La oficina ha matado a muchos escritores pero ha permitido no morir a varios. Imaginen al escritor que sale de la oficina, llega a su casa y no puede escribir. Aquél era él. Hundido hasta la frente en la cotidiana literatura, atento a la escucha y al ruido y sin embargo con las manos infértiles en el invierno.

Pero todo cambiaba en primavera. En primavera no podía dejar de escribir. Florecía su palabra. Por eso aquél hombre era un hombre jacarandá. Los jacarandás, florecidos, unían el cielo y el suelo y daban el olor preciso a las palabras, a las suyas.

Quien ha conocido una plaza llena de jacarandás renacidos, sabe de lo que hablo. Su olor, su color preciso, su amor discreto, sus ramas retorcidas pero firmes, sus flores abandonadas sobre el suelo. Su verdad inconfundible y repentina. Esa verdad que sólo tiene las palabras de un hombre que escribe por necesidad y pasa el invierno rellenando informes sin esperanza. La extraña fatalidad de brotar, esa era su esencia y su color y en brotar, poco pero intensamente, al parecer, consiste la vida del hombre jacarandá. No me interesa su nombre, puedo oler desde aquí su hermandad inevitable y sé que su color es y será siempre el mío.